

LOS INDÍGENAS DE LA CUENCA DEL RÍO SAN JUAN (O DESAGUADERO) EN EL SIGLO XVI ANTE EL DESCUBRIMIENTO ESPAÑOL DEL RÍO

Eugenia Ibarra Rojas

Recibido: 11/11/2013 Aceptado: 03/03/2014

Resumen

Este artículo trata sobre el descubrimiento del río Desaguadero, o San Juan, en la primera mitad del siglo XVI, dentro del contexto político “descubridor” de los conquistadores en Nicaragua. Tiene como objetivos principales los de destacar la ocupación indígena de la cuenca y la participación de esta población en el “descubrimiento” español del río, en su búsqueda por la salida al Caribe. Se enfoca una incursión de la gente de Martín de Estete a actual territorio de Costa Rica, poco considerada en la historiografía costarricense. Se analiza, además, el significado de los ríos para los indígenas y los usos políticos que pudieron tener en el pasado.

Palabras clave: río San Juan; descubrimiento; conquista; pueblos indígenas; pluriculturalidad.

Abstract

This article unravels the Spanish discovery of the Desaguadero or San Juan River, in the first half of the sixteenth century, within the political context of Nicaragua during those decades. It aims to depict the indigenous population on both sides of the river, plus their significative contribution to the conquerors in finding their way to the Caribbean Sea. A neglected incursion to actual Costarrican territory is also analyzed. The meaning of rivers to the indians, plus the possible political ancient ways of controlling navigation on them, is another of the topics discussed here.

Key words: San Juan river; Spanish discovery; conquest; indigenous population; pluriculturality

Epígrafe

“Pronto oscureció y cuando había desaparecido la última luz del día de las cimas de los árboles, por alrededor de una hora se apoderó del bosque un silencio espantoso. Entonces el silbido estridente de un pájaro solitario dio la señal para un concierto y el bosque volvió a la vida.”

Millares de cigarras llenaron el aire con su zumbido tembloroso, los búhos iniciaron su canto nocturno pero mucho mas [sic] terrorífico sonaba, ya lejos, ya cerca, el grito grave del mono congo (...) Con cada minuto el ruido inquietante aumentaba, cada momento creaba nuevos sonidos de animales, que también respondían desde el agua, pues por aquí y por allá salía un caimán a la orilla y comunicaba gimiendo su agrado a las estrellas que centelleaban como diamantes en el terciopelo azul oscuro. Desde la caña en la orilla brillaban millares de luciérnagas hacia los techos de follajes, como un ejército de chispas; zumbaban escarabajos y volaba el murciélago, mientras que alrededor de nosotros aleteaban grandes mariposas nocturnas como fantasmas. Nunca he sentido una impresión más inquietante y sublime que aquí, donde por primera vez escuché la selva (...)"
 Wilhelm Marr, 1852: 140.

Introducción

En 1852 el viajero Wilhelm Marr capturó la esencia del ambiente nocturno del río San Juan y sus orillas, la que dejó plasmada, con bellas palabras, en el epígrafe con el que se motiva este artículo. Tal paisaje no debió haber sido muy distinto al del siglo XVI y antes, del que todavía quedan evidencias en algunos parches de vegetación de áreas resguardadas, como en Indio Maíz, en Nicaragua, donde caen las cascadas de enredaderas desde los árboles y se hunden entre las aguas del río. El concierto del bosque, aunado al sonido del agua del río, ahora calmo, ahora bravío, perfumado con los olores de las flores nocturnas del bosque, del olor a tierra mojada y a maderas *urrú*¹ conformaron el escenario en el que se desarrollaron importantes páginas de la historia de América Central, en especial de Nicaragua y de Costa Rica (Quesada, 1993: 217).

Este artículo tiene como objetivo principal dar una nueva mirada a importantes documentos que se refieren al descubrimiento del Desaguadero de la laguna, o, simplemente, el Desaguadero, o el río San Juan, con la atención puesta en los habitantes indígenas de la zona. En estas páginas lo denominaremos, indistintamente, como el Desaguadero o el río San Juan. Además, contemplaremos la cuenca del río, con base en información documental del siglo XVI, para destacar los aspectos naturales del río y de sus alrededores. Seguidamente, reconstruiremos aspectos de la vida indígena a principios del siglo XVI –quizás muy similar a la precolombina– para, al final, comentar la organización logística de las expediciones de Alonso Calero y Diego Machuca en 1539, organizadas para hacer frente a los distintos rasgos geográficos y humanos con que se distinguió el río. En el contexto del desarrollo de las travesías se resaltarán la belleza natural del río, la presencia indígena en los márgenes de este y, más adentro, la utilización de esta vía fluvial en épocas prehispánicas y la clara participación de los antiguos pobladores en la empresa española descubridora. Cerraremos con algunos comentarios acerca de la importancia estratégica y geopolítica del río y sus brazos en el siglo XVII, y acerca de la pertenencia y uso del río entre los indígenas vecinos.

Cabe aclarar que las riberas del río fueron frecuentadas relativamente poco por no indígenas en los siglos XVI y XVII, lo cual contribuyó a que su paisaje se

mantuviera similar en siglos posteriores, especialmente entre el XVI y el final del XVIII. Por ello, recurriremos a documentos de ese periodo cuando sea necesario. Deseamos reconstruir un amplio contexto básico que sea útil como un punto de partida para entender diferentes momentos de la historia de los pobladores antiguos del río y sus cambios, antes y después de la presencia española en el XVI. En el siguiente mapa se representa la cuenca del río San Juan, como fue dibujada para un proyecto geográfico reciente, pero que es válida para el pasado (IICA, PDR, UCR, 2007). Aclara con creces lo que se entiende por la cuenca del río, que, incluyéndolo, fue el escenario de los hechos del descubrimiento español del mismo.

Figura 1
CUENCA DEL RÍO SAN JUAN



Fuente: IICA, 2007.

Particularidades del río San Juan

En la actualidad esta cuenca es la segunda más grande de América Central, superada por la del río Usumacinta, localizado entre Guatemala y México. Su extensión es de 38 569 kilómetros cuadrados, de los que, en la actualidad, 24 569 pertenecen a Nicaragua y 14 000 a Costa Rica. La cuenca del San Juan, propiamente, tiene 10 937 kilómetros cuadrados. El río posee una extensión de 205 kilómetros y, en el presente, una parte de su recorrido constituye el límite político entre Nicaragua y Costa Rica. La cuenca del río presenta cambios altitudinales que van desde los 3 000 metros de altura a los cero metros al nivel del mar, cambios que son responsables de una gran diversidad paisajística (IICA, PDR, UCR, 2007).

El ancho del San Juan, en sus partes altas, varía entre los 106 y los 300 metros, mientras que en las partes bajas, aluviales, se pueden encontrar anchuras de 500 metros y más. Sus aguas fluyen de oeste a este y se distingue por sus curvas cerradas. Los principales afluentes del lado sur, en su margen derecha, son el río Frío, el Pocosol, el San Carlos y el Sarapiquí. En su margen norte, o margen izquierda, se encuentran el río Melchora, el Palo de Arco, el río Negro, el Sábalo, el Machuca, La Cruz, el Machado, el Danta y el San Francisco, todos de cuenca reducida. A ambos lados hay numerosos *caños*, pequeños riachuelos que drenan los pantanos; estos son excelentes sitios para pescar. Por encima, algunos se cubren de vegetación que se entrelaza, por lo que se forma una especie de túnel verde cuando las enredaderas cruzan de lado a lado por la copa de los árboles. Estas redes verdes conforman un excelente paso para serpientes que, muchas veces, se asustan y se lanzan al agua cuando escuchan un bote, causando temor y asombro a los navegantes. Al llegar al borde de la llanura costera, el San Juan se distribuye en varios ramales que le llevan hasta el mar; uno de ellos es el brazo del río Colorado.

El área de la cuenca más cercana al río se ha clasificado en términos climáticos como Clima Tropical Húmedo (Af.), que en Costa Rica se localiza en las llanuras y la base de las cordilleras de la vertiente Caribe y en los alrededores de la península de Osa y el golfo Dulce. Existen intrusiones de vegetación herbácea hidromórfica, conjunto de asociaciones vegetales que se desarrollan en los valles de inundación de los ríos y en los sectores litorales. Se encuentra en casi todos los valles de inundación de los ríos Frío, Sarapiquí y San Carlos, en las llanuras del Norte. Se conocen como pantanos herbáceos, constituidos por gramíneas y ciperáceas, entre las que sobresalen el gamalote, el pitilla, el honduras y otros tipos de zacate (Vargas, 2011).

Los distintos niveles del bosque, en orden descendente, son el emergente, dosel, sotobosque, arbustos y el del suelo. En ellos se distribuyen diferentes especies de fauna, entre ellas una enorme variedad de aves como piches y garzas, incluyendo loras y lapas rojas; además, basiliscos, iguanas, perezosos, monos, dantas, cocodrilos, tortugas y varias especies de felinos, como el jaguar. Los insectos pululan, como las hormigas balas, los mosquitos, el comején, entre otros. Mientras en las aguas viven los manatíes, mamíferos que han ido desapareciendo del paisaje. El río San Juan y sus afluentes albergaban otras especies de plantas y de fauna, como algunos invertebrados;

por ejemplo, los caracoles. Sin duda, abundaban peces como tiburones, sábalo real, sardinas, machacas, cuchillos, olominas, mojarras, guapotes, bobos y chupapiedras, entre los principales (Rodríguez, 2008).

Obviamente que los recursos disponibles en estas zonas ecológicas fueron conocidos y utilizados por los indígenas que navegaban esas aguas, entre ellos, los ramas o votos, pobladores de su cuenca en el siglo XVI. Un ejemplo lo brinda Alonso Calero, uno de los descubridores del río, cuando describe a cuatro indígenas que pescaban en dos canoas, cerca de un raudal. Calero y sus hombres dieron contra ellos y vieron que en el fondo de la canoa tenían seis pescados de aproximadamente dos arrobas de peso cada uno o 50 libras (Incer, 2002).

Seguramente los pescados eran sábalos reales y, por su ubicación y otros contextos históricos, los indígenas eran, quizás, ramas, hablantes del rama, lengua chibcha (Constenla, 1991). Además, había redes en las que los españoles se llevaron los pescados, lo cual sugiere que los indígenas podrían pescar con ellas entre los raudales, lugar en donde se encontraban. En tiempos más recientes, los botes pequeños de tronco se ataban al gamalote, zacatón fuerte y tupido, para pescar desde las orillas, práctica que también puede datar de mucho tiempo atrás.

El Desaguadero se ha distinguido por poseer raudales peligrosos que dificultan la navegación, obstáculos persistentes en la actualidad. En la expedición, que inició en abril de 1539 de Alonso Calero y Diego Machuca, se mencionan cinco raudales: dos de ellos parecen hacerse uno en el relato, luego sigue el del Diablo, el de Machuca y de los otros se dice que eran trabajosos de pasar, sin más.

En 1620 Diego de Mercado, conocido como el Flamenco, en su relación con Felipe III sobre la navegación por los puertos de San Juan del Norte y del Sur, brinda una descripción mucho más precisa de ellos, la que contribuye a entender la vida indígena, el paso por ellos de Calero y Machuca, y la navegación española posterior por ese lugar.

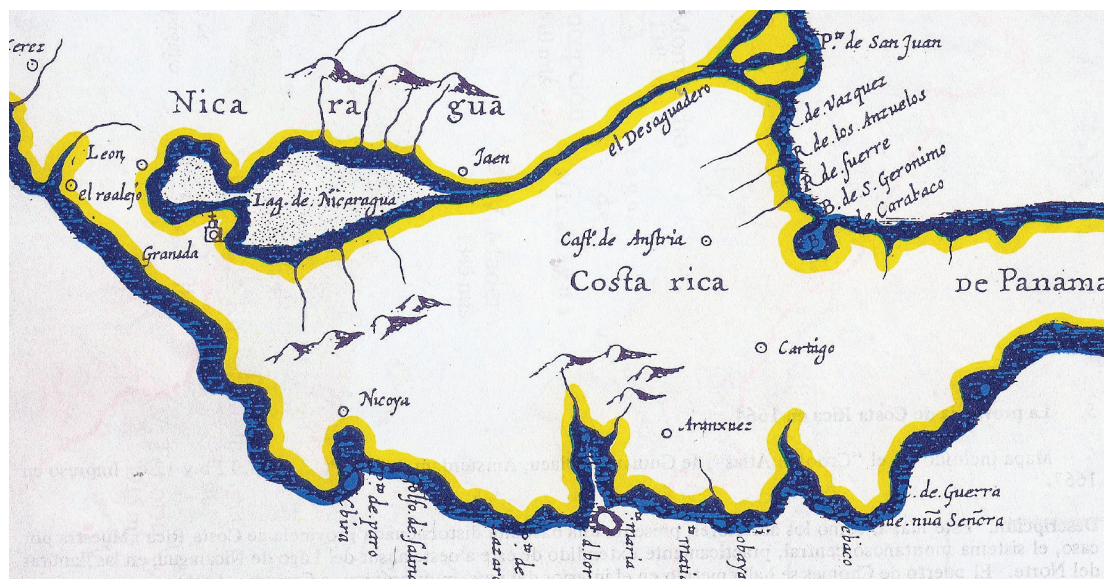
Indica el Flamenco que hay cuatro raudales: el primero se llama el de Los sábalos, el cual es "(...) de piedra movediza de toda suerte que hacen represa y causan corrientes".² El segundo se llama raudal de El diablo, o del Castillo, que es mucho más difícil de pasar porque es de laja cortante y peñasco, lo cual implica que está fijo en el cauce del río, no se mueve, no cambia, pero posiblemente sí varíe un poco del anterior, el que poseía arenisca y piedra suelta. El tercero se denomina el raudal de Machuca, también de piedra menuda y arena, y, como el primero, hace represa y causa corrientes. El cuarto se llama raudal del Brazuelo y este es de piedra menuda y arena. Los cuatro se encuentran en una distancia de cinco leguas, separados unos cien pasos uno de otro. Obviamente, la distinta conformación de los raudales, el acomodo de las piedras y la arena obligaba a cruzarlos de manera cuidadosa para no desbaratar las embarcaciones, lo que valía tanto para los indígenas como para los españoles. En 1539, los hombres de Calero y Machuca se rompieron los pies en las piedras, al pararse en ellas descalzos para ayudar a alivianar el peso de las naves.

Otra información documental del siglo XVI, brindada por los indígenas, más cerca de la desembocadura al Caribe, indica que hay piedra, refiriéndose a otra

acumulación de piedra y arena similares a las anteriores, pero no tan baja (Incer, 2002). Con ello se sugiere que podría encontrarse a mayor profundidad que los anteriores; sin embargo, al poseer el río varias salidas al mar, algunas tendrían más agua que otras, exponiendo piedra en las de menor caudal y construyendo lo que se conoce en la actualidad como “bajos”, rasgos peligrosos para la navegación.

En resumen, movilizarse por el Desaguadero requería del conocimiento de sus peculiaridades, ya que no todas las embarcaciones eran aptas para hacerlo. Las canoas de los indígenas constituyeron el primer tipo de embarcación descrito en las fuentes documentales como idóneas para desplazarse por él. Eran posiblemente pequeñas, de tronco, iguales a las que existen en la actualidad en el río Indio y en el mismo San Juan. Su estructura evitaría que pegaran contra las acumulaciones de piedra o contra los obstáculos más fuertes, como grandes troncos caídos, por ser tan livianas y de poco fondo; esto permitía que se guiaran con facilidad. La siguiente imagen de 1601 representa el río desde el lago hasta su desembocadura.³

Figura 2
NICARAGUA Y COSTA RICA EN 1601. ANTONIO DE HERRERA, MADRID



Fuente: Meléndez, Carlos (1989).

La ocupación indígena en los alrededores del San Juan

Durante gran parte del siglo XVI, muchos de los pueblos indígenas se movilaron, con la llegada de los españoles, para buscar refugio, mientras que otros huyeron rápidamente o desaparecieron por las epidemias o las guerras. Estos procesos están

estrechamente vinculados con el desarrollo de la conquista española, la cual evidencia distintos ritmos, y, más tarde, con la colonización en las áreas que interesaban a los conquistadores (Ibarra, 2012).

Por ejemplo, en 1562 Juan Vázquez de Coronado indica que del pueblo de Nicoya:

(...) envió a llamar a los caciques de Cotan y Bagací, pueblos que caen en la demarcación de esta tierra, a los cuales yo reduje al servicio de V. M., juntamente con la isla de Solentiname, que está en medio de la laguna de Granada. (...) Los caciques vinieron y quedaron muy en servicio de V.M. y encargué al Corregidor de Nicoya que tuviese cuidado de mirar por ellos y mande que no consintiese que en los principios se les pidiese cosa alguna, y al vicario le rogué que los fuese a doctrinar, questán (sic) veinte y tantas leguas de allí. Proveíles de rescates y otras cosas con que se fueron muy contentos (Fernández, 1964: 12).

Se han identificado diversas etnias en los alrededores del Desaguadero, incluyendo el lago de Nicaragua y sus costas (Ibarra, 2011). Las islas de Solentiname, situadas casi en el nacimiento del río, tuvieron una ocupación multicultural de personas de habla matagalpa y nahua. También se describen ramas, quienes incluso en 1562 estaban ahí, posibles parientes de los corobicies de las vecindades de Bagaces (Ibarra, 2012). En esas islas, en 1539, Calero y Machuca tomaron a un indígena para que se desempeñara como guía, quien además de “conocer muy bien el río”, señal de que los indígenas lo recorrían, sabía “tres o cuatro lenguas de las que en él se platican”. Aunque no es seguro, se torna muy posible que esas fueran rama, voto y suerre; por lo menos, estas dos últimas relacionadas con el rama (Fernández, 1907: 94).

Aunque se ha sugerido la presencia de nicaraos en las islas y supuestamente cerca de la desembocadura, en 1539, año de la expedición principal por el río, no se mencionan. Esta ocupación pluricultural es muy propia de esas áreas, así como de la península de Nicoya y de las tierras costeras del Pacífico de Nicaragua antes y durante el siglo XVI. A la mano izquierda de la entrada al San Juan desde el lago, en la banda del norte, había un pueblo llamado Abito, seguramente habitado por indígenas ramas (Incer, 2002).

Relativamente cerca de ellos, en Solentiname, había también nicaraos y matagalpas o chontales. Mientras los malekus o guatusos se encontraban quizás cerca al río Frío, aunque no son destacados en las fuentes documentales del siglo XVI. Durante la conquista española estuvieron bastante aislados, en las llanuras de los Guatusos, lo que puede explicar en parte por qué no se mencionan en el siglo XVI. Sin embargo, en sus historias orales ellos recuerdan a los ramas o votos (Constenla, 1993).

A lo largo del río habrían más ramas (votos) y, al final, los suerres. De acuerdo con las direcciones que le dan los indígenas a los españoles, desde Tori, Suerre estaría localizado al final del río, en la margen derecha, en el área de lo que hoy corresponde a Barra del Colorado, en dirección sur, hacia Tortuguero. Los huetares del Valle Central de Costa Rica no vivían ahí, aunque sí mantenían una cercana relación con los ramas, lo cual les permitía acceder al río, a sus recursos y establecer vínculos con sus vecinos (Pérez, 1977).

Enseguida se presenta un mapa del río San Juan y de sus alrededores en el siglo XVI.

Figura 3
DISTRIBUCIÓN APROXIMADA DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS EN EL RÍO SAN JUAN
Y ALREDEDORES EN EL SIGLO XVI



Fuente: Elaboración propia con base en la información contenida en el artículo, enriquecida con información de Pasos Marciacq, Ricardo, 1977; Pérez Valle Eduardo, 1977; Ibarra Rojas, Eugenia, 1990. Dibujado por Paula Pérez M., 2013.

Los huetares del Valle Central de Costa Rica parecen haber conocido una ruta desde Cartago que les conducía a las orillas del río Colorado (Salgado *et al.*, 2013). Esta aparenta haber sido antigua, pues en 1778 también se describe que los indígenas de Cartago iban a pescar al San Carlos, adonde llegaban en dos días, lo cual evidencia una ruta desde Cartago hasta las llanuras de San Carlos y al Desaguadero 4 (Pérez, 1977).

Si existían peces bobos en los ríos del Valle Central, como en el Reventazón, es de sospechar que los indígenas de ahí iban a pescar hasta el San Carlos en busca de especies que no vivían en los ríos del Valle Central, precisamente. ¿Sabalos reales, tal vez?

Las relaciones entre las distintas etnias de entonces parecen haberse gestado desde épocas precolombinas, o por lo menos antes del arribo de los españoles. Por eso se debe incluir a los indígenas matagalpas y a los corobicés, quienes fueron probablemente ramas, como etnias que estaban primero en las costas del Pacífico de Nicaragua y noroeste de Costa Rica, y que pudieron movilizarse hacia el norte y noreste debido a las migraciones de los grupos de origen mesoamericano desde el 800 d. C. Los corobicés estuvieron distribuidos desde áreas cercanas al volcán Orosi hasta el Arenal, aproximadamente.

Los arqueólogos detectaron que desde el 1300 d. C. estos últimos pueblos, que pueden haber sido ramas, intensificaron sus relaciones exteriores con otros pueblos localizados hacia el este, tal vez con los votos, otros ramas o suerres, y con los huetares, producto de las relaciones conflictivas con los chorotegas o con los nicaraos (Ibarra, 2011).

En este momento, se debe destacar el conocimiento amplio que poseían acerca de quienes ocupaban las distintas partes de los territorios vecinos, lo cual necesariamente implica la presencia de rutas terrestres, fluviales y marítimas para la movilización de personas, de bienes y de conocimientos.

Al mismo tiempo, podría haber ocurrido que el arribo de los de origen mesoamericano a la región del pacífico de Nicaragua y Nicoya promovió cambios, incluyendo tal vez los intentos de dominio de rutas, entre otros. Además, resulta probable que los pobladores corobicíes quisieran mantener y defender sus posiciones estratégicas, con el acceso a puertos marítimos, lacustres y riverinos, favorables al comercio y a la navegación. Los corobicíes tenían control sobre el río Bebedero, desde el Tempisque, y podían acceder al lago de Nicaragua por diferentes rutas (Ibarra, 2012).

Ante esto, resulta fácil imaginar que también los recursos, como el oro, la sal y otros, se vieron involucrados en el logro de delicados equilibrios que no siempre se dieron, por lo cual se generaron conflictos. Las alianzas pudieron cambiar sus nortes pero sin duda, los matagalpas, los ramas y los de origen mesoamericano tuvieron que ponerse de acuerdo en ocasiones, aunque no siempre se lograron las alianzas, o incluso, se rompieron las existentes, dando paso a conflictos. Por ejemplo, los territorios de los chibchenses, tales como los de los huetares y los ramas, pudieron haber querido ser dominados por los chorotegas en el siglo XVI.

En este estereotipo y encoge de relaciones, en tiempos que involucraron guerras, capturas de prisioneros, muertes, robo de mujeres y establecimientos de alianzas en un panorama pluricultural complejo, se encontraban los pobladores indígenas cuando llegaron los españoles (Ibarra, 2012).

Fue una presencia pluricultural de cerca de ochocientos años, aproximadamente, en los que los matagalpas y corobicíes, y los ramas, se vieron enfrentados, y hasta amenazados, en ocasiones, por los de origen mesoamericano. A la situación delicada se sumó, en los últimos trescientos años, la llegada de los nicaraos. Estos se distinguieron por manifestar su interés en el comercio, y se situaron en puntos clave, como en cruces de caminos, y en puertos lacustres o riberinos (Ibarra, 2001).

Con base en fuentes documentales del siglo XVI, sugerimos que, desde épocas prehispánicas, pudo existir un embarcadero en lo que hoy se conoce como puerto San Jorge, en las márgenes del lago de Nicaragua, cerca de Rivas. Esta suposición parece corroborarse cuando, en 1887, Manuel María Peralta menciona que en 1620 existía un "embarcadero de los indígenas de Nicaragua", que pudo haber estado situado en las cercanías del actual puerto San Jorge, en la costa sur del lago de Nicaragua, en dirección a la isla de Ometepe. De este sitio existe evidencia arqueológica que sugiere su desempeño del lugar como embarcadero importante en la época precolombina, empleado en actividades de pesca y de intercambio (Healy, 1980).

Pudo haber sido importante también en la circulación de distintos tipos de bienes y recursos. Además, es posible que se comunicara por tierra con el Pacífico, lo cual resulta muy probable, pues hacia el suroeste, en la costa del Pacífico, del lado de lo que hoy se conoce como Costa Rica, parte de las redes de intercambio indígenas salían también desde la costa, del posible puerto de Nacascolo, por Playa Blanca, subiendo hacia la cordillera, pasando por El Hacha en las cercanías del volcán Orosi, para llegar al Lago de Nicaragua, según describió Doris Z. Stone (1985).

Estos puntos de llegada y partida a distintos sitios de las márgenes del lago de Nicaragua, al océano Pacífico y por el Desaguadero, demuestran que el conocimiento acerca de los mejores sitios, o de los más adecuados, para construir embarcaderos en el lago y en el río, así como los pasos más aptos para las vías de comunicación, en época seca o lluviosa, era de los indígenas. Los españoles se valieron de esa sabiduría para desarrollar sus planes de descubrimiento y conquista, y más tarde, de colonización.

Además, la presencia de esos sitios en el paisaje precolombino evidencia los contactos entre diversas etnias, cercanas y lejanas, ubicadas al norte y al sur del continente, a la vez que ponen en evidencia diferentes rutas de intercambio prehispánico. Los arqueólogos Joseph B. Mountjoy y José Carlos Beltrán sugieren la existencia de relaciones costeñas entre pobladores del Pacífico mexicano y el centroamericano, de acuerdo con evidencias arqueológicas de cerámica y esculturas en piedra, generadas en tiempos más antiguos del Posclásico (Mountjoy, 2005). Por el Caribe, hay que considerar las propuestas de Reniel Rodríguez y Jaime Pagán, y de Richard Callaghan y Warwick Bray (Callaghan *et al.*, 2007: 4-23).⁵

Así, todas las evidencias de la vida indígena en la cuenca del San Juan y alrededores señalan que, en el siglo XVI y antes, esta abarcaba amplios espacios geográficos y era compleja y activa. En ella irrumpieron los conquistadores españoles.

La expedición de Martín de Estete en 1529

Como antecedente al descubrimiento español del Desaguadero, estaba claro el enorme interés español en la búsqueda de un estrecho que favorecería el comercio de las especies. Ya Gil González, desde 1524, hablaba de una mar dulce con oleaje, y aseguraba que sus más experimentados pilotos certificaban una salida al Norte (Vega, 1956).

En 1524 Hernández de Córdoba mandó a traer un bergantín en piezas para ir al descubrimiento del desaguadero. El alcalde Ruy Díaz lo aparejó, dando como resultado una embarcación de pequeñas dimensiones. El historiador nicaragüense José Dolores Gámez, habla de que fue de Bahía Salinas de donde salió desarmado el bergantín (Gámez, 1993). Además, era intención de Pedrarias que la embarcación se trasladase “en piezas para descubrir la Mar Dulce”. En 1525, ya Pedrarias afirmaba que se creía que el río salía a la Mar del Norte (Vega, 1956).

En síntesis, los conquistadores españoles dieron prioridad al tema del río desaguadero en su salida hacia el mar del Norte.

No se ha encontrado información acerca del lugar preciso en donde se reconstruyó esta nave, aunque pudo haber sido en los alrededores de Granada, donde se dice que había acceso a buenas maderas cercanas. Una vez armado, el Capitán Ruy Díaz navegó el lago, entró por el río hasta el raudal del Diablo o del Castillo, por donde, obviamente, no pudo continuar. Iba acompañado de canoas de tronco a la usanza indígena, y estas embarcaciones continuaron río abajo, con Benálcazar al mando, hasta el raudal Machuca.⁶ Con la expedición de Hernando de Soto tampoco se logró avanzar más allá del primer raudal. En este punto resulta importante anotar que de Soto no pasó más allá del pueblo de Voto, “situado en la margen derecha del río, un poco más arriba del raudal del Toro”, cerca de la desembocadura del río Sábalo (Gámez, 1993: 91); esta es una de las primeras menciones a un pueblo indígena de votos en esa área.

En estos primeros reconocimientos del inicio del Desaguadero, los españoles debieron aprovechar los conocimientos indígenas sobre cómo navegar en este río para poder avanzar. Pero también hicieron uso de sus conocimientos sobre navegación, como queda evidenciado. Los primeros pasos de esta empresa contaron, obligadamente, con los saberes de ambos actores, indígenas y españoles; pues comienza una nueva era para ambos, donde se entretrejarían los conocimientos de todos, aunque eso no significó dignificar a los antiguos pobladores. Solamente se limitaron a aprovecharse de ellos, en todo sentido, como se verá.

En 1529 Pedrarias Dávila envía a Martín Estete y a Gabriel de Rojas, al Desaguadero. Uno se fue por el río y el otro por tierra. Estete era criado de Pedrarias, inhábil para dirigir grupos de personas y descuidado. Se comenta que nunca fue un buen descubridor, pues pasaba en un rancho, sobre una hamaca, sin casi salir al campo. Por eso falló en sus cargos de capitán. En esta expedición se ocupó durante seis o siete meses (Vega, 1956).

Estas eran décadas en las cuales, a la par de las expediciones de descubrimiento y de conquista, las enfermedades de los españoles diezaban a las poblaciones indígenas al no poseer inmunidad. Esto sumó a la despoblación de aquellos territorios, y generó más crisis entre las sociedades indígenas (Ibarra, 1998).

Iban en la embarcación 140 españoles, 50 a caballo y 90 infantes. De estos últimos, 30 portaban ballestas y los demás espadas y rodelas. Levantó el real en un pueblo indígena llamado Pocosol, en la boca de San Carlos, reportado por los documentos del siglo XVI. Ahí decidió ir a buscar a los votos, por el río San Carlos, ya que el cacique de Pocosol le indicó que estos se encontraban en las montañas del sur, es decir, al sur del San Juan, en la desembocadura del San Carlos, a cuatro días de navegación o más un día de camino. Estos bajaban ocasionalmente en canoas a atacar a pueblos comarcanos por lo que se evidencia una situación de guerras frecuentes que azotaba a los pobladores indígenas, registrada por la documentación desde el año de 1529. Pero Martín Estete no fue en persona sino que envió a otro en su lugar, lo que le trajo la fama de capitán comodioso, comentada más arriba. Esta entrada resultó penosa para quienes fueron y se devolvieron, porque el terreno se tornó montañoso y quebrado. Entre los participantes, Gonzalo Fernández de Oviedo menciona a Pedro Corzo, de quien se conoce poco (Pérez, 1976).

Fernández de Oviedo menciona varios aspectos de importancia para los objetivos de este artículo. Dice que Estete fue a la **provincia** de Voto, lo cual puede interpretarse como que no se trata de uno o dos pueblos, sino de varios ocupados por personas de la misma etnia; al parecer se trataría de un cacicazgo, como lo se define en 1990 (Ibarra, 1990).

Aclara también que en ese viaje hubo noticia de una tercera laguna, “e desde ciertas cumbres algunos soldados españoles la vieron muy lejos, tanto que unos decían era agua y otros lo ponían en duda”. Más adelante en su texto narra cómo, en 1540, Pedro Corzo se encontró con gente de Machuca en Nombre de Dios, y en ratos de conversación entre ellos se aclaró que era el mar del norte lo que habían visto a la distancia (Pérez, 1976). Pero, se debe subrayar que desde 1535 el escribano Francisco Sánchez había escrito al Rey, comentándole que los indígenas dieron información de que el Desaguadero tenía salida a la mar del norte (Vega, 1956).

La búsqueda del punto alto para ver el mar a la distancia resulta de gran interés para la reconstrucción de la “provincia de Voto”. Por lo que nos hemos basado en las orientaciones que le dio el cacique de Pocosol a Estete para tratar de ubicar tentativamente el cerro desde donde se dice se vio el mar Caribe y la tierra de los votos. Nuestras estimaciones sobre las hojas cartográficas de la zona nos conducen hasta el río Jabillos, a aproximadamente tres kilómetros de donde se une el San Carlos con el caño Moja Huevos. Desde ahí el Jabillos parece perder su navegabilidad, por lo que se puede asumir que los españoles siguieron a pie (Instituto Geográfico Nacional de Costa Rica. Hojas cartográficas escala 1:50000. Hojas 062 Tres Amigos 3347 IV; 063 Chaparrón 3347 I; 069 Fortuna 3247 II y 070 Aguas Zarcas 3347 III.)

De ahí, hasta aproximadamente 18 kilómetros hacia el oeste, pasando unos 11 kilómetros de terrenos muy llanos, se llega a la fila Delio Herrera, donde a 1370 m.s.n.m. se encuentra el cerro Los Perdidos, lo cual posibilitaría divisar el mar Caribe. Esa distancia se puede recorrer en un día, máxime que hay terreno llano; en terreno más quebrado se podrían estimar unas 12 horas, según la experiencia de la arqueóloga Carolina Cavallini en su recorrido por el camino precolombino del Alto del Cardal, en las cercanías del volcán Irazú, sobre una ladera⁷ (Cavallini, 2011) .

El área más montañosa de la Cordillera Guanacaste-Tilarán es el terreno de más altura, el cual pudo haber sido escalado, ya que en 1549, en el juicio contra el capitán Palomino que promovió Rodrigo de Contreras, el testimonio del Bachiller Francisco Pérez de Guzmán dice saber que los de Estete se devolvieron “porque no pudieron pasar, por ser la tierra trabajosa de sierras”. De aquí en adelante seguirían otros montes de la Cordillera Tilarán-Guanacaste, incluyendo el propio volcán Arenal. Pérez de Guzmán había ido con Estete, a solicitud de Pedrarias, y vio como Estete se devolvió del descubrimiento (Vega, 1956). Eduardo Pérez Valle sugiere que el pueblo de Voto estaba entonces en las laderas norteñas de la Cordillera Central y no era un caserío fluvial (Pérez, *op. cit.*).

Sin embargo, sugerimos que las poblaciones del cacicazgo de los indígenas votos, con un patrón de asentamiento disperso, parecen haber estado también cercanas a las orillas de los ríos San Juan y San Carlos, hasta las faldas de la cordillera Guanacaste-

Tilarán. En ella se encuentra el cerro más alto y más cercano a los puntos de atraco en el San Carlos, como lo es el de Los Perdidos. La evidencia arqueológica señala diversos sitios diseminados por el territorio citado y alrededores, y en las márgenes del Jabillos, algunos de ellos fechados como del Periodo Tardío (1000-1550 d. C.). Uno de ellos se ubica a 11 kms del río, hacia el oeste, y se registra en el MNCR bajo el nombre de La Altura, A-297LA (Artavia, 2005).

Se requiere de mayor investigación para poder acercarse a información pertinente. Por otra parte, la arqueóloga Anayensy Herrera habla de “esferas culturales” interrelacionadas en esa área, las cuales probablemente giraron alrededor de la esfera principal de Cutrís (Herrera, 1998; Novoa, 2001; Artavia, 2005). Esto sugiere la presencia de una organización compleja de cacicazgos en la que la cercanía a los ríos navegables era muy importante.

Entre rutas y caminos de la zona, aunada a esferas culturales, no se puede obviar la información de la presencia de cuentas de vidrio halladas en la hacienda Tres Amigos, situada muy cerca del río del mismo nombre. Estas se reportaron al Museo Nacional en mayo de 1945, junto con tres piezas de oro (Correspondencia del Museo Nacional de Costa Rica, 17 de mayo de 1945, IMG 4738, CD 86b.)

Las cuentas, sin más detalles, representan la presencia cercana de españoles, aunque esto no necesariamente quiere decir que estuvieran ahí mismo. Pero sí implica la circulación de las cuentas de collares desde manos de conquistadores a indígenas y entre ellos mismos.

Otros investigadores proponen que los hombres de Estete llegaron al volcán Poás, sin embargo, se torna difícil llegar ahí desde San Carlos en un día, sobre todo por la lejanía y por las condiciones ásperas y arduas del terreno. Cuando se habla de que toparon con montañas no parece tratarse entonces de la cordillera Central, sino de las laderas de la cordillera Guanacaste-Tilarán (Incer, 1990).

Debe tomarse en cuenta, además, las conclusiones alcanzadas por Ricardo Vázquez Leiva, Juan Vicente Guerrero y Julio César Sánchez en su estudio sobre las redes de caminos identificadas en el sitio arqueológico Cutrís, ubicado también en las llanuras del norte del país (Vázquez, 2003). Además, en zonas más cercanas como los alrededores del volcán Arenal, el estudio de sistemas complejos de caminos ha dado buenos resultados (Sheets, P. D. y T. L. Sever, 1981; Sheets, P. D. y T. L. Sever, 1991; McKee, B. R. y T. L. Sever, 1994).

Los análisis de Payson Sheets *et al.*, y de Ricardo Vázquez *et al.*, unos en las tierras altas de la Cordillera Tilarán-Guanacaste y otros en las tierras bajas de las llanuras de San Carlos, sugieren que las redes de caminos pudieron ampliarse hacia el oeste del río San Carlos, Jabillos y sus afluentes, localizados en el medio de estos dos puntos. De haber existido en 1529, la movilización española se hubiera facilitado en algunos momentos; pero, hasta la fecha, no hay información documental que lo aclare.

En síntesis, la expedición de Martín Estete debe considerarse como una de las efectuadas de forma más temprana hacia el actual territorio costarricense, desde el río Desaguadero, penetrando a explorar por el río San Carlos. Aunque la información es escasa, claramente constituye una experiencia de descubrimiento español sobre el

actual territorio de Costa Rica, desprendida desde Nicaragua, por el San Juan y el San Carlos. Además, bajo las huellas que dejan los españoles en los documentos, se puede reconocer a los antiguos habitantes indígenas de la zona en una época tan temprana como 1529, cuando la propuesta de la presencia de cacicazgos activos y complejos se confirma. Enseguida se estudiará otra expedición al río.

Expedición descubridora de Alonso Calero y Diego Machuca de Suazo en 1539

Algunos años antes, en 1535, Rodrigo de Contreras había mostrado interés en ir al Desaguadero. Era primo hermano de Machuca de Suazo, y le convenció de una concesión para obtener un tercio de lo que se lograra en la expedición, lo que compartiría, además, con Alonso Calero, lo cual era falso; así los engañó (Pérez, *op. cit.*).

Fray Bartolomé de Las Casas no aprobaba este viaje porque temía por la seguridad de los indígenas, fue tanto lo que habló en contra de la expedición desde el púlpito, y hasta se negó a hacer confesión a quienes participaran en ella. De hecho, no confesó ni dio penitencias, lo cual le trajo problemas. Además, dio pie para que, en 1536, Rodrigo de Contreras lo acusara de hablar poco de la palabra de Dios y más bien, de inmiscuirse en otros asuntos y, al mismo tiempo, lo denunció por haber dejado abandonado el monasterio de los dominicos (Vega, 1956).

Basándose en experiencias anteriores, el 6 de abril de 1539 llevaría a Alonso Calero y a Diego Machuca por el Desaguadero hasta el mar Caribe. La expedición se desarrolló mientras el padre Las Casas estaba fuera de Nicaragua, pidiendo ayuda para los indígenas, en Castilla. La experiencia de Estete resultó útil para la expedición descubridora que en 1539 llevaría a Calero y a Machuca por el río; para hallarlo se mandaron a hacer bergantines, en un lugar cerca de Granada, en el lago de Nicaragua, en las isletas, con madera proveniente de las cercanías de Granada, y se contó con la habilidad y el conocimiento del maestro Nicolás. La flota que salió al descubrimiento del Desaguadero se compuso de dos fustas, una de quince bancos y otra de doce; un bergantín, una barca grande y cuatro canoas para acomodar entre diez y doce hombres (Pérez, 1977).

La armada, o conjunto de embarcaciones, llevaba en la barca grande un tilla-do o piso de tablas, debajo del cual iban cuarenta caballos y cincuenta puercos en un corral. La gente viajaba en un espacio sobre ese piso de tablas, y esta llevaba la fusta grande, llamada góndola, por popa. Se supone que llegaron a Yari y a Nombre de Dios con entre 25 y 30 indígenas, que según Pérez Valle provenían de Nicaragua, sin embargo, también pueden haber capturado varios en el camino del río, práctica de la que hay mucha evidencia documental (Pérez, 1977).

Figura 4
LOS BARCOS DE CALERO Y MACHUCA CAMINO AL DESAGUADERO



Fuente: Pérez Valle, E., 1977, p. 78.

La selección de los distintos tipos de embarcaciones señala que la experiencia de Martín de Estete había dejado claro que no se podía navegar el río en un solo tipo de embarcación, pues los rasgos particulares de este obligaban a usar varias. Una fusta se podía mover a remos o a vela, ya que era liviana. Por su parte, Pérez Valle asegura que el bergantín y la fusta a veces se confunden en los relatos que él analizó; además, en los cálculos que hace, la embarcación más grande debió alcanzar de 40 a 50 metros de eslora o longitud, y de 5 a 6 metros de manga o anchura. Añade que una de las canoas era de construcción especial, de bordes muy bajos y con seis bancos para doce remeros, con el fin de hacer reconocimientos rápidos y seguros en condiciones difíciles (Pérez, 1977).

Acompañaba a la flota el Maestre Nicolás, carpintero, por si hacía falta reparar alguna embarcación o transformarla según lo exigieran las condiciones de la navegación por el río y sus alrededores. Llevaba sus herramientas, con seguridad. También iba un cura de apellido Morales, quien parece haber fallecido en el viaje. Hernán Márquez de Ávila era ayudante de Calero, Alonso Ramírez el Veedor, como primer capitán iba el propio Calero y como segundo capitán Machuca.

Aunque de oídas ya tenían algún conocimiento de cómo podía ser la navegación por el río, no sabían lo que les esperaba; pues, por ejemplo, cuando Calero señalaba que las costas u orillas eran bajas, se sabía que era necesario mantenerse a cierta distancia de la orilla para no encallar (Incer, 2002). Esto exigía, además, estar muy alertas, y navegar de acuerdo con la dirección de los vientos, lo que implicaba poner en práctica una amplia experiencia en la navegación. Por eso se organizaron de manera que Calero fuera de primero, adelante, en una canoa pequeña, explorando y avisando; otra embarcación más pequeña venía en el bergantín, y las Canoas se encontraban navegando por sí mismas.

El 1 de mayo, día de San Felipe y Santiago, llegaron al río y durmieron a la orilla, donde levantaron el Real. Al otro día pasaron por la desembocadura del río Medio Queso y otros caños. Cerca del mediodía el agua comenzó a correr rápidamente por lo que el capitán se adelantó en su canoa para investigar; fue en ese momento cuando se topó con la canoa de los indígenas, mencionada anteriormente, en la cual se encontraban pescando en medio de un raudal, quizás en el Toro. En ese momento les robaron los pescados, que parecen haber sido sábalos, como dijimos, además apresaron a tres indígenas y los llevaron a dormir al Real con ellos. La práctica de apresarlos estaba relacionada con lo que podrían aprender de ellos, sobre el río, personas y direcciones a seguir.

Al día siguiente los interrogaron y comunicaron que su pueblo era Abito, que estaba situado a la mano izquierda del río, hacia el norte. Además, brindaron información sobre los raudales que seguían sobre el Desaguadero, siendo el del Castillo el siguiente.

Calero solicitó a Machuca tomar veinte hombres y dos Canoas e ir río abajo a explorar más. Así, Damián Rodríguez se fue con veinte hombres a Abito, pueblo que no encontró; mientras Machuca se dirigió al este, a favor de corriente. Dos días después regresó y notificó que por los raudales era difícil el paso de las embarcaciones más grandes. Ante esto, Calero reúne a cuarenta hombres, los distribuye en cuatro Canoas y sigue adelante dos días más, hasta llegar cerca de un pueblo llamado Pocosol, donde había un bohío o palenque de indígenas, el cual fue atacado, por lo que un indígena y varias mujeres se rindieron.

Debieron dar cuenta a Calero de que el pueblo de Tori, situado más abajo, a orillas del Desaguadero, estaba totalmente destruido debido a las guerras que hacía un mes ocurrieron con los del pueblo de Voto. Calero se fue media legua río arriba a buscar al cacique para que le sirviera de intérprete y de guía; lo llevó al primer pueblo a donde habían llegado. Ahí el cacique de Pocosol le comentó que hacía diez meses había venido Voto, que estaba situado yendo por el río de Voto, o San Carlos,

cuatro días navegando y uno por tierra, y mató mucha gente y capturó mujeres. Esta información destaca que en esa área del Desaguadero y alrededores, se gestaban guerras en esos tiempos, las cuales incluían la destrucción y quema de pueblos y la captura de mujeres jóvenes, costumbres propias también de otras zonas del sur de América Central (Ibarra, 2012).

El capitán Calero envió a Machuca en canoas por el río a que investigara hacia Abito, al norte. Así lo hizo, y logró encontrar el camino a los maizales y a las poblaciones de los indígenas, pero se devolvió para que no lo sintieran y evitar así confrontaciones –puede verse que en esta zona había agricultura del maíz en ese año–. Luego le envió río San Juan abajo mientras él lo esperaba en el Real, en Boca de Sábalo, durante quince días.

A los once días, Machuca envió a Calero víveres, provisiones maíz e indígenas, así como un comunicado donde le dice que toda la tierra está poblada, pero de manera dispersa. Añade que a seis días de ahí estaba Yari, pueblo grande, donde había mucho maíz, yuca y ají (lo cual deja ver de nuevo el tipo de la agricultura que se practicaba en esa zona). Calero le pide que se vaya a Yari mientras él bajará a Tori, para luego reunirse y que uno siguiera por río y el otro por tierra.

En Tori tomaron un guía, en otras palabras, capturaron un indígena, y en el pueblo tomaron sesenta castellanos de oro. Pasaron frente a la desembocadura del Sarapiquí, donde decidió enviar en dos canoas a Hernán Márquez con 20 hombres. Pero cuando ellos llegaron a un pueblo indígena, lo hallaron quemado, pues los mismos indígenas lo habían incendiado. Debido a que no había comida en Tori, ya que el pueblo era de pescadías, apresaron a un mercader para que los dirigiera a Suerre. Esto indica que se trataba de un lugar en el donde sus habitantes se dedicaban más a pescar que a las labores agrícolas, por lo menos en ese momento. Quizás, la ausencia de alimentos se debió a que el lugar haber sido quemado, pues en muchas ocasiones los mismos indígenas quemaban sus sembradíos como táctica defensiva, antes de salir huyendo para esconderse en la montaña.

El llamado mercader, de quien no se sabe nada más, les dio una gran relación de la tierra y les habló de la existencia de muchos pueblos. Y así salió Calero al Caribe, donde no estaba seguro si era laguna o mar, no sin antes pasar una barra bastante peligrosa. Mandó a deshacer una de las barcas que llevaban para que se construyera, con sus materiales, una fragata para subir por los ríos. Mandó a Hernán Nieto a buscar a Machuca, y, por medio de un indígena, supo que el capitán estaba a tres días, con su gente. Luego él mismo subió a buscar a Machuca. El mar se puso bravo y Calero iba con calentura cuartana, se les volcó la embarcación y casi se ahoga, percance del que fue salvado por la intervención de unos indígenas. Después de muchos problemas, hambre, enfermedades y desasosiego, Calero dijo a sus hombres que estaban en el mar del Norte y, que a ochenta leguas estaría Nombre de Dios, lugar a donde se iría. Llegó allá con nueve hombres y algunos indígenas. Mientras tanto, Machuca regresó a Granada, maltrecho y con la pérdida de varios de sus hombres, sin ver a Calero.

Una vez en Granada, mandó a hacer canoas para ir a buscar a Calero, le llevaba armas y alimentos, pero supo que se había ido a Nombre de Dios, entonces se devolvió.

Regresó al río, pero esta vez acompañado por Rodrigo de Contreras, y encontraron a Calero en la desembocadura del San Juan, pues venía de vuelta (Vega, 1956).

En este punto comienza otro capítulo de la historia, pues en 1540 Rodrigo de Contreras se enreda en un pleito con Hernán Sánchez de Badajoz, por la ambición de enriquecerse. De las páginas de documentos alrededor de las rivalidades, se rescata que el capitán Juan Román, testigo, había oído a Calero contar que recibió noticias de los indígenas de la tierra de Suerre y Sucuraba, y que esta era rica. Por ejemplo, en un bohío en Suerre tomaron más de seiscientos pesos de oro.

No queda clara la ubicación de estos sitios, aunque se menciona el Sarapiquí “arriba, ques en el dicho río de Taure”, información que parece confusa, de momento.

Conclusiones

Calero y Machuca tardaron tres meses en recorrer el río San Juan, si se toma en cuenta los veinticuatro días que duraron en llegar a la boca por el lago. Sin duda, en ese tiempo, esos capitanes y sus hombres tuvieron la oportunidad de reconocer el agreste y hermoso paisaje de la cuenca del San Juan, descripción que copiamos al inicio de estas páginas. Aunque los objetivos de los descubridores y el del viajero Marr eran distintos, lo que se desprende de ambas situaciones es que el San Juan poseía la frescura y la belleza que hasta hoy logramos reconocer, y que no escapó a ninguno. Era agreste y hermoso.

El recorrido histórico del siglo XVI que hemos hecho por el Desaguadero, o San Juan, pone de manifiesto que el río tuvo una presencia para Nicaragua, colonial y republicana, desde épocas tempranas de la conquista española. La urgencia por encontrar una salida al mar Caribe fue primordial para Pedrarias Dávila y para los conquistadores que salieron de Granada, por el lago. El objetivo era también geopolítico, rasgo que se hace más visible en el siglo XVII, cuando Inglaterra se interesó por la región del Caribe de Nicaragua.

Dados los vaivenes del proceso de descubrimiento y conquista, el río no desempeñó el mismo papel protagónico más tarde para la gobernación de Costa Rica ni para el imaginario de sus pobladores. Por ejemplo, el fragmento en donde se menciona la penetración de los hombres de Estete al actual territorio de Costa Rica, por el río San Carlos, es poco conocido en la historiografía costarricense. Y, en relación con algunas salidas originadas desde Costa Rica hacia el río San Juan, se menciona una visita a la provincia de los votos en 1564, y, con la palabra “descubrimiento”, se dice que se va a ir al río Cutrís o San Carlos, y el Sarapiquí, hasta la primera mitad del siglo XVII. Y esto, relacionado con el peligro de inminentes ataques de zambos-mosquitos a Cartago. Estas primeras ideas, diferenciadas, sobre el río, aún tienen validez entre los pobladores de Costa Rica y de Nicaragua. El río forma parte del imaginario colectivo de Nicaragua, pero no es concebido de igual manera en Costa Rica.

Si hacemos un recuento, Estete y sus hombres, quienes habían salido en el año de 1529, estuvieron siete meses en las cercanías de los pueblos indígenas. Mientras, Calero, Machuca y sus hombres, quienes habían salido en 1539, tardaron aproximadamente

cuatro meses, en su travesía. Esto sugiere que durante esos diez años de presencia española, intermitente, en el río y sus alrededores, las posibilidades de contagio de epidemias de españoles a indígenas se tornan muy posibles, para las que los indígenas no tenían inmunidad. No necesariamente los españoles debían estar presentes para que las enfermedades se fueran contagiando, de pueblo en pueblo indígena, ya que ellos mismos lo transmitían a otros. También, para los españoles, el ambiente húmedo y caliente del río no era muy saludable, por lo que enfermaban con frecuencia, con un tipo de paludismo llamado entonces calentura cuartana, la que se dice afectó a Calero. Además, la humedad contribuía a que se les dañaran los pies, siendo estas de las zonas más afectadas de sus cuerpos.

En todos los intentos de descubrimiento del río, se destaca la clara intención que hubo de parte de los españoles de apresarse indígenas para interrogarlos. Todo indica que Gil González venía bien enterado del río y su salida al mar del Norte, información que sospechamos pudo obtener en Panamá, de los indígenas capturados en 1519 por Castañeda y Ponce de León en las cercanías del Golfo de Nicoya, o, de los mismos indígenas del Caribe panameño, conocedores de su geografía. Además, destacamos el importante papel que desempeñaron como guías e intérpretes fundamentales para que los capitanes españoles, que desconocían el río, el territorio y a sus pobladores, navegaran hacia el mar con más seguridad. Así mismo, resalta el interés español por obtener oro, y alimentos de la tierra, cuando los suyos faltaron.

Al seguir los pasos de la navegación de los descubridores españoles, queda al descubierto la ocupación indígena de la cuenca del San Juan, a ambos lados. Y de ella, la pluriculturalidad, pues se hablaban por lo menos tres idiomas indígenas, que “son las del río”. Por su parte, desconocemos los motivos por los cuales, entre estos habitantes, se perfilaron conflictos armados, de guerra, robo de mujeres, las quemadas de los cultivos y de los ranchos, y las huídas a las montañas; pero sí es posible desprender que los ataques y robos de mujeres eran frecuentes. Los ríos también fueron vías para ir a hacer la guerra a otros pobladores.

La importancia del río como ruta comercial formaba parte del conocimiento y de las actividades indígenas, pues conocían bien cómo salir al Caribe. Ese potencial también fue visto por los españoles posiblemente desde Panamá, desde Nicaragua, y, siglos después, por otras potencias como Inglaterra. Con esto se evidencia el aspecto geopolítico del río, sin duda. Sin embargo, en épocas precolombinas, se debe contemplar a los indígenas. Es claro que para ellos este río tenía una enorme importancia en la comunicación terrestre, fluvial y marítima, como otros de la época y de la vertiente del Caribe, tales como el Sixaola, Matina, Reventazón, Pacuare, Suerre, Colorado, Indio, Escondido, Grande de Matagalpa y el río Coco, pues los indígenas sabían cómo navegarlos. La diferencia que salta a la vista con el Desaguadero o San Juan, que debió de haber sido muy clara también para los indígenas, fue la posibilidad del río San Juan de conectar pueblos, ambientes y recursos diferentes, incluyendo el lago de Nicaragua y la posibilidad de pasar al Océano Pacífico por rutas antiguas.

Entre la ocupación indígena pluricultural a lo largo del río San Juan, salta la pregunta acerca de si los ríos formaron parte del territorio controlado por algún jefe

o cacique particular o a alguna etnia? ¿Cómo se disputaba el control de los ríos, sobre todo de los principales, entre pueblos indígenas, si es que se hacía? De los documentos analizados, un río era navegado por los miembros de distintas etnias, por personas dedicadas al comercio, y por guerreros en épocas de conflictos. También se observan actividades de pesca y de extracción de sus recursos, en las que no se logra desprender señal de control del río por parte de algún grupo. Eso sí, hay información que describe cómo los miembros de distintas etnias y pueblos se reunían a hacer intercambios en algunas fechas del año, como en el río Coco.

Dado que no hemos hallado información que hasta el momento demuestre lo contrario, sugerimos que los ríos eran de todos aquellos que necesitasen de sus recursos o de movilizarse por sus cauces, pero debió predominar un control político por parte de alguna etnia. En mis investigaciones, los resultados indican que los ríos han servido para delimitar territorios o cacicazgos, pero no hemos hallado dominio específico de ninguna etnia en particular, ni de ningún cacicazgo. Posiblemente el agua, materia prima de los ríos, era de todos, como de todos era el paisaje fluvial y la sinfonía que tocaban aves e insectos al atardecer, junto al grito del mono congo. Pero en siglos más tardíos, como en el XVIII, los indígenas mosquitos cobraban tributos a los españoles que quisieran entrar a comerciar al río Coco. Ignoramos si tal costumbre surgió entonces, o si era antigua. Si lo era, podríamos sospechar que se trataba de una manera de permitir a los enemigos navegar los ríos, demandándoles tributos por hacerlo en los ríos de los territorios que caían bajo las jurisdicciones propias. Los amigos posiblemente podían navegar de forma libre, acuerdos alcanzados tal vez fundamentados en políticas de reciprocidad. Pero, en este caso del siglo XVIII, españoles y mosquitos eran enemigos, por lo que es comprensible el hecho de cobrarles un tributo por el uso del río.

Fue después de la llegada de los españoles, de los europeos, con su dominio, cuando los ríos centroamericanos comenzaron a tener otros dueños, como sucedió también con otros recursos naturales, reflexión final que dejo al gentil lector de estas páginas.

Notas

- 1 *Urrú* es un vocablo huetar que significa troncos podridos.
- 2 Archivo General de Indias, INDIFERENTE, 1528, N.º 18. 23 de enero de 1620, Imagen 7. Ministerio de Cultura-Portal de Archivos Españoles <<http://pares.mcu.es>>
- 3 Meléndez Ch., Carlos. *Cartografía Histórica de Costa Rica. Siglos XVI-XIX*. San José: Junta de Protección Social.
- 4 Este dato aparece en el Plano Ydeal desde Realejo, Puerto Real de la Ciudad de León, la de Granada y villa de Nicaragua, con algunas de Managua y Granada hasta donde nace el río San Juan. Fechado en Portobelo, 25 de noviembre de 1778.

- 5 La autora de estas páginas navegó parte de la costa de Bocas del Drago y de la actual Costa Rica y pudo constatar la clara visibilidad de la cordillera de Talamanca como punto guía para la navegación desde Colombia, como sugieren Callaghan y Bray.
- 6 Agradezco la colaboración de Carolina Cavallini en esta tarea investigativa.

Bibliografía

- Archivo General de Indias. INDIFERENTE, 1528, N.º 18. 23 de enero de 1620, Imagen 7. Ministerio de Cultura-Portal de Archivos Españoles <<http://pares.mcu.es>>. Web.
- Artavia C., Javier. *Evaluación arqueológica del área de impacto del Proyecto Hidroeléctrico Pocosol y los daños sufridos a un sitio por la habilitación de caminos, Peñas Blancas, San Ramón, Alajuela*. Conéletrica. Museo Nacional de Costa Rica, 2005.
- Cavallini, Carolina. El camino precolombino del Sitio Arqueológico Alto del Cardal C-304 AC. *Cuadernos de Antropología*, 21 (2011).
- Constenla Umaña, Adolfo. *Las lenguas del Área Intermedia: Introducción a su estudio areal*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1991.
- Constenla Umaña, Adolfo. *LACA MAJIFIJICA. La transformación de la tierra*. San José: EUCR, 1993.
- Constenla Umaña, Adolfo. Las lenguas de la Gran Nicoya. *Vínculos*, 18, 2; 19, 1 y 2 (1994): 191-208.
- Fernández Bonilla, León. *Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica*. T. X. Barcelona: Viuda de Luis Tasso, 1907.
- Gámez, José Dolores. *Historia de Nicaragua*. Managua: Fondo de Promoción Cultural BANIC, 1993.
- Healy, Paul F. *Archaeology of the Rivas Region. Nicaragua*. Wilfrid Laurier University Press, Ontario, 1980.
- Herrera, Anayensy. Informe de Investigación sobre el Proyecto Santa Clara 1, Distrito La Tigra. Museo Nacional de Costa Rica, 1998.
- Ibarra Rojas, Eugenia. *Las sociedades cacicales de Costa Rica. Siglo XVI*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1990.
- Ibarra Rojas, Eugenia. Las epidemias del viejo mundo entre los indígenas de Costa Rica antes de la conquista española. *Mesoamérica* 19, 36 (1998): 593-618.
- Ibarra Rojas, Eugenia. *Fronteras étnicas en la conquista de Nicaragua y Nicoya. Entre la solidaridad y el conflicto (800 d.C-1544)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2001.
- Ibarra Rojas, Eugenia. Los nicaraos, los votos y los huetares en escenarios conflictivos en el siglo XVI. *Cuadernos de Antropología* 21 (2011).
- Ibarra Rojas, Eugenia. *Pueblos que capturan. Esclavitud indígena al sur de América Central del siglo XVI al XIX*. San José: Editorial UCR, 2012.
- Ibarra Rojas, Eugenia. Tras los pasos de los corobicés en el siglo XVI. Del Golfo de Nicoya a las islas de Solentiname en el Lago de Nicaragua. Ponencia presentada en la Conferencia Intercontinental de la SAA en Panamá, 2011, en prensa.
- IICA, PDR, UCR. Los Chiles, Upala, Guatuso y La Cruz. Dinámicas territoriales en la Zona Norte de Costa Rica. San José: IICA, 2007a.
- IICA, PDR, UCR. *Dinámicas territoriales en la Zona Norte de Costa Rica*. San José: IICA, 2007b.

- Incer Barquero, Jaime. *Descubrimiento, conquista y exploración de Nicaragua*. Managua: Fundación VIDA, 2002.
- Instituto Geográfico Nacional de Costa Rica. Hojas cartográficas escala 1:50000. Hojas 062 Tres Amigos 3347 IV; 063 Chaparrón 3347 I; 069 Fortuna 3247 II y 070 Aguas Zarcas 3347 III.
- Pazos Marciacq, Ricardo. *Rafaela. Una danza en la colina y nada más...* Managua: BANIC, 1977.
- McKee, B. R. y T. L. Sever. Remote Sensing in the Arenal Region. *Archaeology, Volcanism, and Remote Sensing in the Arenal Region, Costa Rica*. Ed. P. D. Sheets and B. McKee. University of Texas Press, Austin, 1994.
- Meléndez Ch., Carlos. *Cartografía Histórica de Costa Rica. Siglos XVI-XIX*. San José: Junta de Protección Social, 1989.
- Mountjoy, Joseph B. y José C. Beltrán. Anthropomorphic Peg-based Sculptures from the Banderas Valley of Coastal West Mexico. *Ancient Mesoamerica* 16 (2005).
- Novoa, Virginia. Informe Proyecto Hidroeléctrico Peñas Blancas. Museo Nacional de Costa Rica, 2001.
- Pérez Valle, Eduardo. *El desaguadero de la mar dulce*. Managua: Banco de América, 1977.
- Pérez Valle, Eduardo. *Nicaragua en los cronistas de Indias: Oviedo*. Managua: Banco de América, 1976.
- Quesada, Miguel Ángel. *Nuevo diccionario de costarriqueñismos*. Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica, 1993.
- Rodríguez, José Eduardo. *Ecología de un río de Bosque tropical lluvioso de Costa Rica*. 17 nov. 2008. <www.acuarios.desdecostarica.com>. Web.
- Salgado G., Silvia y Eugenia Ibarra R. *From Highlands to Lowlands and Beyond in Caribbean Costa Rica: a Route to Trade, Smuggle and Connections in Pre-hispanic and Colonial Periods*. Ponencia a presentarse en Chacmool, Universidad de Calgary, noviembre, 2013.
- Sheets, P. D. y T. L. Sever. High Tech Wizardry. In *Archaeology* 41 (1988): 28-35.
- Sheets, P. D. y T. L. Sever. Prehistoric footpaths in Costa Rica: transportation and communication in a tropical rainforest. *Ancient Road Networks and Settlement Hierarchies in the New World*. Ed. C. D. Trombold. Cambridge University Press, Cambridge, 1991.
- Stone, Doris. *Pre-Columbian Trade in Costa Rica. Art of Costa Rica: Pre-Columbian Painted and Sculpted Ceramics from the Arthur M. Sackler Collections*. Washington D. C.: AMS Foundation for the Arts, Sciences and Humanities 1985.
- Vargas Ulate, Gilbert. *Geografía de Costa Rica*. San José: EUNED, 2011.
- Vázquez Leiva, Ricardo, Juan Vicente Guerrero Miranda y Julio César Sánchez Herrera. Cutrís: descripción, cronología y afiliación de un centro arquitectónico con caminos monumentales en la llanura de San Carlos, Costa Rica. *Vínculos* 28 (2003): 149-174.
- Vega Bolaños, Andrés. *Documentos para la Historia de Nicaragua*. Tomo I, II, III, XV. Madrid: Imprenta y Litografía Juan Bravo, 1956.

Eugenia Ibarra Rojas. Costarricense. Antropóloga social e historiadora por la Universidad de Costa Rica, en la cual laboró y en la actualidad se encuentra jubilada. Su investigaciones han girado mayoritariamente alrededor de la etnohistoria centroamericana, desde una perspectiva interdisciplinaria, con énfasis en Honduras,

Nicaragua, Costa Rica y Panamá, en lo que respecta a los cambios ocurridos entre los siglos XVI y XIX. Entre sus publicaciones principales se encuentran numerosos artículos y entre sus libros se cuentan: *Los indios mosquitos y la historia centroamericana. Del arco y la flecha a las armas de fuego (1633-1786)*, *Pueblos que capturan. Esclavitud indígena al sur de América Central del siglo XVI al XIX* (2012), *Entre el dominio y la resistencia. Los pueblos indígenas del Pacífico de Nicaragua y Nicoya en el siglo XVI* (2014).

Correo electrónico: eugenia.ibarra68@gmail.com

